

¿Cómo pueden computarse estos votos heterogéneos? ¿Cuál es la más bella? Os lo diré si me decís lo que suman una violeta, una alondra y una estrella. . . .

He aquí por qué no voto, amigo mío. Escoger es renunciar á todas menos á una. Ser fiel á ésta ó aquélla, es ser infiel á las demás. Eso se hace ó debe hacerse al casarse; pero no se hace más que una sola vez.

A mi juicio, el concurso no tiene más que un único defecto: el de que por fuerza ha de acabarse. Mientras véamos el nombre de todas, ¡qué alegría para los ojos! Pero al quedar el de una sola. . . ¡cuántas ausentes!

Por eso yo lo dejaría incompleto como esas melodías que acaban en la orquesta, continúan en el canto y siguen después sin terminarse nunca, en la memoria y en las almas de los que las oyeron.

¿Sabe Ud. lo que yo haría en lugar de Ud? Pues decir á esas hermosas y buenas señoritas: — Ustedes no han menester de flores. . . . ¡tienen tantas! Sus nombres figuran en todas las revistas de salón, circuídos por guirnaldas de adjetivos galantes. Pero á la hora en que *El Universal* muy de mañana llega á las puertas de las casas ó palacios en que ustedes habitan; en la hora en que todavía esos ojos están alumbrando el mundo de los sueños, corren por esas calles, friolentas y con el tápalo raído muchas que son también buenas, bonitas, pero que están á obscuras porque son muy pobres. Van á misa, van á su trabajo, van tal vez á empeñar el último vestido bueno de la pobre mamá. Esas no tienen flores. . . . ¿no les damos éstas?

Y como todas son muy buenas, las darían. Así no habría una reina, no habría celos, no habría olvidos: las hermosas canéforas llevarían sus rosas y jazmines al ara de la *ignota dea*, de la hermosura desconocida.



VER MORIR.

Ver morir es uno de los espectáculos que más agradan á esas señoras cuyos nombres debemos ignorar. Hoy que el reportazgo da cuenta de todo y se ha convertido en el gran autor dramático del siglo, leemos las crónicas de fusilamientos escritas con tantos detalles y minuciosidad como las revistas de los bailes. «Concurrieron á la escena sangrienta la crema del *demi-monde* y los jóvenes más *fin du Siècle* de nuestra buena sociedad.» Esos mismos abonados á las *premières* de los fusilamientos, son los que llenan las plazas de toros. En los tendidos de esos circos y en los coches de sitio que se dirigen á los llanos de San Lázaro cuando va á ser ajusticiado alguno, aparecen las mismas caras desveladas y color de manzanilla, los mismos paltós color de avellana clara, con el cuello alzado, los mismos bustos femeninos sin corsé, los mismos ojos que sólo brillan, como ciertas lámparas cuando tienen alcohol. De esos coches salen crapulosas risotadas como las que se oyen en las tandas. Y á la vuelta puede presenciar el curioso un desfile tan alegre como el de los carruajes que concurren al *Derby*. Un fusilamiento es el *Derby* de la canalla.

En los toros — alguna vez lo he dicho, — todas mis simpatías están con el toro. Deseo que el bicho haga todo lo posible por ensartar al torero. En los fusilamientos, mis simpatías están con el ajusticiado. Vería con gusto que él fusilara á todos los que van por curiosidad á verle morir.

Comprendo que un artista, en busca siempre de lo bello hasta en lo feo, asista, por ejemplo, á un auto de fe. Ese es un drama de



espectáculo, un drama romántico: está en verso. La decoración es hermosa é imponente; los personajes aparecen bien vestidos; los coros aterran y conmueven; muere el reo tan teatralmente, que no cree uno que haya muerto de verdad.

El verdugo, con cuchilla y vestido de rojo, también es digno de ser visto. Habla á la imaginación, su cuchilla es brillante y su traje es diabólico. Es un ser maldito, condenado, por no se qué juez supremo é inflexible, á cumplir las venganzas divinas.

Las ejecuciones en masa; el cesto de cabezas tropezando con el carro en que van cuerpos enteros á asomarse á la eternidad por la ventana de la guillotina; la plaza en donde la revolución incendia todas las pupilas; la justicia del pueblo cometiéndolo, borracha, las mayores injusticias; la muerte corriendo asustada y como acorralada entre el clamoreo de la muchedumbre; la *Marsellesa* en el aire; el gorro frigio; la camisa desgarrada; el grito pasando á través de la copla; el monstruo humano aullando como sátiro enronquecido por el placer, forman un espectáculo pictórico, que puede cautivar la fantasía aterrándola.

Pero estos fusilamientos en llano árido; esta muerte gris; esta forma geométrica del horrible espectáculo; el alineamiento de las tropas; el silencio de los circunstantes; la impasible voz de mando, que suena, al decir *¡fuego!* ni más ni menos que en la Escuela de Tiro; la lividez de los rostros espantados, confundida con la de los rostros crapulosos; la bandera roja de los coches de alquiler, en lugar del gorro frigio; el cajón con jaletinas en vez del cesto con cabezas tronchadas; el soldado vulgar apuntando de pie firme á un muñeco de carne también vestido de soldado; el suplicio sin odios que aullen alrededor, sin pasiones que hiervan; el suplicio sin decoraciones, sin trajes, sin elementos dramáticos; el clarín imponiendo silencio, no á los clamoreos rabiosos de la multitud, sino á las risas desvergonzadas de las prostitutas. . . . ¿cómo puede ser este un espectáculo que, siquier sea por lo sublime de su horror, atraiga á los artistas? Unos curiosos comen; otros beben; bostezan los no habituados á levantarse de mañana; en el suelo hay canastos y botellas; no falta quien se impacienta y golpee las piedras con el pie, como para pedir que el telón se alce pronto; en los coches esas caras nocturnas que todavía no se han lavado, ese aspecto de recámara á la hora en que todavía las camas no están hechas; entre los grupos de cocineras y *reporters*, el granuja vendedor de papeles, especulando con

el dolor y la desgracia; el que vende naranjas para los que se embriagaron la noche anterior; la olla de tamales; la mesa con sus tazas de café y sus botellas de catalán; el mismo cuadro que en las luces del Carmen ó en la verbena de los Angeles; algo semejante á la salida de los toros; grasa, tumulto, pringue, desvergüenza, la vida en su más prosaica y bestial forma.

Verdad que el hombre necesita ser azotado. Para que anden aprisa nuestros nervios tenemos que darles muchos latigazos. Son nuestros pensamientos, como ciertas chispas, resultado de un golpe. A golpes vivimos sanos. Vamos al agua y no le decimos como los orientales:—Acaríciame, bésame, caliéntame con tu amor.—No: le decimos:—Sube, trepa á la azotea, déjate caer sobre de mí y aplástame!

Al vino ya no se le dice:—Pon ante mis ojos una cortina color de rosa; cuéntame una fantástica leyenda!—Le decimos:—¡Embrutécame!—¡El golpe rudo, el golpe seco en todo!

Pero el artista se flajela con varas de rosal, porque siquiera lo perfuman. Presencia decapitaciones de lirios, como la decapitación de María Estuardo. Quiere que vibren sus nervios, como las cuerdas de una arpa, heridas por alguna mano hermosa. O busca lo terrible, lo divino, lo satánico, lo superior á él, lo que le obliga á arrodillarse. La tempestad ó la tragedia.

En medio de su crueldad, el pueblo romano, pueblo artista era. La sangre derramada en el Circo embriagaba como el vino. El mártir desnudo era hermoso. La virgen desvestida era casta. La fiera, augusta. El César, omnipotente. El pueblo, hermosamente malo, como el Diablo. Podía maldecirse á aquellas muchedumbres; pero no era posible despreciarlas.

En cambio, la multitud que asiste á estos fusilamientos, sólo inspira asco. Nos queda en la memoria, como nos queda en el paladar el deajo de un pescado podrido. Es el harapo humano en pleno y libre movimiento. Es la bestia; pero no la bestia, como el león, ni siquiera la bestia como el tigre: la bestia como el cerdo.

¿Para qué se abren esos ojos? ¿Para qué se dilatan esas pupilas? Para ver la grotesca mueca del infeliz que se revuelca en su sangre; para observar la rabiosa risa de unos labios al fin abandonados por la vida; para mirar cómo cae un cuerpo en tierra y asistir á sus últimos sacudimientos. Esos ojos no tienen lágrimas; lo que tienen es sueño.

Nosotros, acá en el interior de nuestros gabinetes, rodeados de



libros que hacen al hombre á su imagen y semejanza, ideamos una ley de amor que, como la rubia cabellera de Magdalena, enjuga toda lágrima y desvanece toda mancha. Nosotros le decimos á la muerte: —Ven cuando quieras. No queremos prostituírte, porque también te amamos. Ven para llevarte á los que sufren y padecen, á recibir el premio merecido. No te daremos el vergonzoso oficio de verdugo. No te llamaremos castigo, sino recompensa. No serás nuestra cómplice, sino nuestra amiga. Obedece á Dios, que es tu Señor único. Nosotros no tenemos imperio sobre tí.

Y acá, en el interior de nuestros gabinetes, soñamos con ese orden nuevo, con el *novus orđum* de Virgilio; con la extinción de la pena de muerte; con la redención por el trabajo; con el perdón levantando á los que caen, con la Piedad suprema sonriendo al mundo.

Pero al brutal contacto de la realidad, sentimos que oscila y tambalea nuestra esperanza. Sentimos que la blasfemia sube á nuestros labios y que dice:—La pena de muerte es necesaria, porque, al suprimirla, arrebataríamos á la humanidad un gran placer. . . . y porque también mañana la necesitaremos para castigar á éstos que hoy se ríen.

Por fortuna, hay muchos otros que saben ver morir. El que lleva consuelos al agonizante; la que con amor cierra sus ojos; los que le abren los brazos. La toca blanca de la buena hermana, inclinada sobre el lecho del moribundo, hace que olvidemos la carcajada de la prostituta que vuelve alegre de un fusilamiento.



## UN CASO DE DIVORCIO.

Obedezco la ley que prohíbe castigar á la mujer, aun con el golpe más leve, aun tocándola con unas hojas de rosa, y me inhibo de conocer en el litigio que sometéis á mi opinión, amiga mía; en ese banal proceso de divorcio que no por sus condiciones intrínsecas, y sí por circunstancias externas, ha sido la crema favorita á la hora de los postres, entre la fresa y el *chartreuse*. ¡Qué hecho tan vulgar y tan insípido! Un caso de tedio, como hay tantos, agravado por dificultades monetarias, y resuelto, sin amor, en un adulterio casual. Después, la situación que creó el acaso, sostenida por la terquedad y por la repugnancia al marido. Luego, y por último, el escándalo, la obstinación femenina arrollando todo para lograr el triunfo de un capricho á costa de una derrota moral. Eso, señora mía, pasa muy á menudo, sólo que no se ve tanto ni por tantos. En esa ostentación, más retumbante que otras muchas, ya casi autorizadas por el uso y por la condescendencia social, consiste la única originalidad del caso; originalidad relativa, pero que siempre disuena en el medio ambiente de los adulterios conocidos. La prensa no ha sido en esta vez culpable de indiscreción: la interesada quiso que grandes focos iluminaran el desastre, y es imposible no volver la cara hacia el gran cerco luminoso que, mientras más fulgura, más pone de resalto el intenso negro de las nubes. El folleto que publicó ella últimamente, y con su firma, exime al escritor de todo miramiento, pone al alcance de su bistorí un documento humano tentador, le



invita á entrar en el análisis psico-fisiológico de una mujer, le ofrece una buena rebanada de carne, aún caliente, para que la aderece con la salsa más á su gusto. Sin embargo, señora, por repugnancia invencible, por respeto piadoso á los pobres inculpables, doy la vuelta á la llave, y dejo el cuaderno en mi cajón cerrado. Si, pues, lo exige Ud., voy á decirle algunas de las ideas generales que me ha sugerido esa lectura.

En la avidez con que buscan las damas, mucho más empeñosamente que los hombres, esa pseudo-autobiografía que es la exhibición de una mujer en determinado conflicto de su vida; el resumen, no de lo que fué y de lo que es, sino de lo que ha llegado á ser por las fuerzas determinantes de sus actos; obsérvase desde luego una levadura malsana, algo totalmente diverso del concepto ideal de lo femenino. No podré precisar si buscan la disculpa de la falta ó la agravación de ésta ó todo ello en una pieza; pero olfatean febriles esas páginas, como buscando algún rastro. Acaso sea el VAPOR DE NATURALEZA, ó el burladero de la ley. Un mundano empieza á leer esa confesión de mujer que—¡circunstancia muy común en las confesiones del sexo encantadoramente pérfido,—resulta ser la confesión de virtudes propias y pecados ajenos, con la sonriente curiosidad de avisado y experto catador; mas luego que se engolfa en la lectura, ya la sigue enseriándose, con curiosidad más viva y honda, cual si le asaltara el miedo súbito de que algo vago, flotante, en el estado acuoso, cuajara alguna vez en su existencia. El pensador se halla una vez más con el problema eterno, añade un eslabón á la cadena interminable que va arrastrando la humanidad sin Dios por un desierto sin amor.

¿Desata el divorcio el nudo que aprieta á una mujer contra un hombre? ¿Es necesaria la eliminación de la infiel? ¿El perdón es posible? Las tres inflexibles púas de ese tridente, hieren y matan. Lo humano y egoístamente lógico, será escoger aquélla que mata á la culpable.

El matrimonio-sacramento, el matrimonio, en su alto sentido religioso, tiene soluciones definitivas para el caso de adulterio. Primeramente, lo previene y aleja por su gracia imbibita; considerando la fidelidad, don superior á la naturaleza humana, la crea con sople divino; y si éste, desvirtuado en el roce con la vida, no basta á perpetuarla, ordena al agraviado que perdone, pero no á la manera amplia y retórica que hoy preconiza cierta literatura decadente, sino

castigando á la culpable con el abandono, y recibiendo sumiso, como expiación ó como purificación, el mal que llega. Toda vez que la vida es reseca llanura, sólo mojada por el llanto, nada más natural que poner la planta en un nuevo peldaño de la inmensa escala del dolor que lleva al cielo.

El matrimonio-contrato no tiene ese poderoso auxiliar preventivo ni esa solución radical, ya en cinta de una hermosa esperanza. El divorcio, si la sociedad conserva en la superficie de sus costumbres, el barniz religioso, no desata. Podrá esa sociedad no creer que la divinidad ha unido para siempre á una mujer y á un hombre; pero por nada haréis que deje de pensar y decir al hablar de una adúltera: esa es la mujer de fulano. Ella, la sociedad, es la que casa indisolublemente, declara inamovible el nombre postizo que lleva la frente de una criminal. Antes de que la infidelidad sobrevenga, los íntimos son los que conocen á la señora de X ó de Z. Las amigas suelen designarla, por costumbre adquirida en la infancia, con el apellido de la madre. Pero que la culpa sobrevenga, y desde ese momento, ya no se apellida esa mujer como la madre: ya no la conocen nada más los íntimos, todos la conocen, y es, para todos, la señora de X ó de Z. Entonces se consuma la unión irrevocable, el pacto satánico; ha oficiado el Pontífice rojo en la misa infernal, y el araño de sus garras queda indeleble en dos cuerpos desunidos.

Por modo que, nada liga tan reciamente al hombre y á la mujer como la falta de ésta. El divorcio resguarda los bienes de la sociedad conyugal para el que deba legítimamente poseerlos ó administrarlos; pero no amputa el miembro gangrenado al cuerpo sano. Deja al cónyuge inocente una libertad escrita, que los accidentes diarios van raspando con su lima. Ya no es suya esa mujer; pero él sí es de ella. Irá la esposa divorciada á la prostitución, único resumerio de esas infelices; é irá el marido á espiarla. Tan no disuelve, tan no desanuda real y positivamente el divorcio, que para simular la desunión, para acogerse al protector olvido, se apela, cuando el marido puede disponer de algunos bienes de fortuna, á la emigración de la culpable, enviándola al extranjero á seguir el camino de Manon Lescaut. Tampoco resuelve el problema de los hijos, porque el corazón de éstos no está al arbitrio de ningún señor juez, porque el amor no se impone por medio de una sentencia, porque no pueden someterse á ningún fallo las afinidades electivas. Tenemos, pues, aquí, como en las leyes prohibitivas del duelo, una ins-



titución social en desacuerdo, cuando no en choque violento con la sociedad misma. Una moneda, con garantía del Estado, que no circula, que no corre.

¡El perdón . . . ! Esta es otra hermosa teoría ! En la literatura sana, en la española de los buenos tiempos, *verbi gratia*, el papel de marido burlado es grotesco, repugnante ó trágico. O el viejo decrepito ó el truhán desvergonzado ó el « Médico de su honra » No hay en esas creaciones del ingenio ninguna que se asemeje á esta desmedrada y canija del marido sabio, del marido filósofo, que trayendo á cuento las doctrinas de la herencia y del medio, desmontando hábilmente la complicada máquina del organismo femenino, disculpa las infidelidades de la esposa, en cierto modo las sanciona por necesarias é inevitables, y se resigna á consentirlas, cuidando con escrúpulo de impedir el escándalo. Ese marido determinista y estóico tiene otro nombre en buen romance castellano. Nunca el cobarde que escuda las flaquezas ajenas con la inflexible ley de la fatalidad, para encubrir las propias y no verse en el aprieto de probar sus arrestos, será tipo simpático, aunque le pinte Dumas (hijo) en su « Casa del viento, » y Pérez Galdós en « Realidad. » La doctrina de la piedad Suprema, cuyo apóstol más ferviente, entre los contemporáneos, es Ernesto Renán, no llega, sacrílega, á profanar la dignidad humana. Perdona en masa á esa prole envilecida que se arrastra en el fango; no castiga tampoco, porque no tiene investidura para ello; pero sí se defiende en su heredad. El *Perdono á tutti* de « Hernani, » entonado por un coro de maridos infelices, es de entremés picaresco.

Puede externarse el perdón; pero siempre que la culpable ya no exista.

En este punto surge el debatido: mácala! ¿Es legal? Probablemente no.

Casi siempre lo legal está reñido con la lógica. Sé que es humano. Sé que impone admiración y que subyuga hasta en Otelo, enormemente injusto. Es un zarpazo hermoso del amor. Está en el corazón de todos, hasta en el de los incapaces de matar. Estos, con hipocresía, piden á Dios que los substituya y sea Él que mate. Y todos, al saber de heridas de honra, gritan como Juan de Timoneda:— ¿No hay arcabuz en tu casa?

¿Es necesario, para legitimar este acto salvajemente natural, sorprender el instante de la infidelidad? No; eso lo desvirtuaría, convirtiéndolo en un hipo de embriaguez. El adulterio no es un acto: es una

serie de estados de conciencia. Está consumado mucho antes de que suene el cuarto de hora de Rabelais. Sigue por mucho tiempo después, aunque el amante haya desaparecido. Para decretar el divorcio, por tal causa, hoy no se atiende á los requisitos prefijados por el buen rey Alfonso el sabio. La presunción fundada es casi el hecho. A la zaga de una cadena de hechos embozados, está el crimen.

No imaginéis, señora, que preconizo esta teoría, que la aconsejo. Admiro á los que saben ser santos; respeto á los que pueden menospreciar el mundo. Pero, como mundano, como espectador atento de la comedia humana, á veces triste, digo que, despojado de su carácter religioso el matrimonio, sin esperanza de ir al cielo por el sacrificio, matar es lo más cómodo.

Ahora bien, ¡varía tanto cada caso! ¡Esos seres tan pequeños que se llaman hijos, entran por tanto en él! ¿Cómo dictar reglas absolutas? Gracias á tal diversidad de colores y matices, tenemos, señora, el grato pasatiempo de leer muchas novelas, así como la pena de ver otras.







#### COMO MUEREN.

La prensa de París nos da cuenta de la función que acaba de verificarse á beneficio de una gran actriz que se halla en la miseria.

Pocas artistas mueren aún en plena juventud, al pie del cañón, cuando el laurel de la victoria más reciente está fresco y vivo aún en sus sienes. Las más languidecen y decaen, tienen menguante, sienten caer la nieve de los años en su cabellera, y mueren poco á poco, paulatinamente, con los dientes que se caen y las canas que salen. El público las abandona. Entonces comienza para ellas la vida trashumante de los viajes. París es á manera de una luz fuerte y cruda que deja ver todas las arrugas. Cuando la pata de gallo se dibuja en la sien, la artista deja su teatro y sube á la carreta cuyas bondades cantó Scarrón en *Roman comique*. Las medianías artísticas viven con mayor regocijo en las ciudades de provincia. Allí, la actriz que en la *Renaissance* ó en los *Bufos* hacía el papel de Paquita, canta « Giroflé »; el actor que desempeñaba el papel de Carabinero en los « Brigantes », canta de primer tenor ó de barítono. Así se forman todas las compañías trashumantes que van á recorrer las provincias y América. Nada más triste ni más amargo que este declive de la vida artística. Las grandes diosas parisienses mueren llenas de polvo y arrumbadas en el rincón telarañoso de un teatro, junto á las sillas desvencijadas, los telones desteñidos y los muebles rotos. Algunas se casan, como Hortensia Schneider. Siempre se encuentra un alemán para estas redenciones. Otras agonizan en el hospital, después de haber retorcido con su ma-



no nerviosa la crín dorada de la fortuna: son las hijas pródigas. Su quiebra, casi siempre es fraudulenta. La justicia remata sus trajes, cuyo soberbio lujo perdió á tantas mujeres; sus joyas, que costaron tantas lágrimas como brillantes tienen; su lecho, suntuosamente impúdico; el reloj que contó las horas del amor y que ya no señalará la hora de la muerte; el sillón, cuyos mullidos almohadones guardan todavía la huella de su cuerpo voluptuoso; los mármoles, tan desnudos como ellas, y los bronceos, tan oscuros como sus almas: todo cae bajo la vista inquisidora de la curiosidad nunca saciada, desde la taza de porcelana china que conserva los asientos de té, hasta los pliegues de la soberbia sábana de holanda.

El cochero de la diosa arruinada compra los carruajes y los caballos, para establecer un sitio; las modistas resucitan los vestidos, y los mismos amigos compran las alhajas que antes le habían dado, para adornar con ellas otros brazos y otros cuellos. ¡Triste suerte la de estas mujeres! Todo las abandona, hasta los muebles! Pasaron ya los días en que las haciendas, los dominios, las casas de comercio, los talleres, colgaban de sus oídos en figura de pendientes, cosquilleaban su cuello bajo el color de finas esmeraldas ó se enredaban en sus brazos níveos, figurando soberbios aderezos. En aquel tiempo—*in diebus illi!*—un gran señor les regalaba su palacio, y una sociedad anónima contribuía con los muebles. Si lo hubiera querido, sus amantes habrían cubierto de oro hasta los granos de cebada que comía su corcel en la caballeriza. Hortensia Schneider dió durante el segundo Imperio un banquete. Al terminar la fiesta, cuatro negros llevaron al salón una tina de mármol sonrosado.

Vaciáronse más de ochenta botellas de Champagne, y la diosa de la opereta entró á aquel baño, digno de una Cleopatra parisiense. Cinco minutos después, Hortensia salía del Champagne como Afrodita del Océano, y los alegres comensales escanciaban en sus copas el líquido, hirviente aún, de la marmórea tina. Pero estos grandes apoteosis pasan: esas mujeres insaciables que digieren trescientos sesenta y cinco ricos cada doce meses, cuando el año no es bisiesto, tienen también su inevitable decadencia. Son los monstruos de colmillos agudos, expresamente creados para devorar á los imbéciles. Si con oro se pudiera forjar un rayo de sol, ellos lo habrían forjado en algún día lluvioso.

Los banqueros dejaban en sus casas el reloj, la cartera, hasta el anillo mismo de las bodas.

Pero una noche la ruina llama con sus dedos nudosos á la puerta.

¿Qué viento arrastró en su vuelo vertiginoso los *banknotes*? ¿En qué hoguera se consumieron las alhajas?

Muchas onzas cayeron en los cofres, pero éstos, como el tonel de las Danaides, no tuvieron jamás fondo. ¡Oh, si pudieran llenarse por sí solos como el cofre de la princesa de Bagdad! Los caballos se van como si también fueran amantes.

El telón, que figura un palacio, se levanta, y queda la cabaña sucia y pobre.

La maternidad es el consuelo supremo de esta decadencia.

Pero ¡cuán pocas de esas grandes princesas de la ruina, tienen ese sagrado privilegio!

Hoy está en boga entre las grandes actrices de París, lo que podría llamarse la maternidad artificial.

Margarita Ugalde posee una muñeca á la que da el nombre de hija. Sabe decir papá y mamá; puede ver todo con sus ojos de esmalte, y nunca llora. No tiene el defecto que las niñas tienen: nunca crece. Cuando mamá quiere, duerme; cuando mamá quiere, despierta. Dice papá de igual manera á todos los amigos de la casa. Es obediente. Los goznes de su pequeño cuerpecito están limpios y nuevos. Nadie puede seducirla.

Cuando la Ugalde vuelve á su palacio, cargada de ramilletes y coronas, va á besar la frente fría de la muñeca.

Y es que la mujer necesita ser madre, ó cuando menos parecerlo.

Pero en el mundo de los bastidores, las niñas viven poco, ó cuando viven, se escapan el mejor día con un corista.

Por eso las princesas de la ruina jamás tienen una cabeza rubia y pequeñita que besar, cuando los aplausos se van alejando, como se aleja para el viajero que viene de Veracruz, el ruido de las olas.

El mundo las abandona y las arroja, como se tira una camisa sucia; la miseria, de formas angulosas, arrima su desvencijado y pobre asiento al mármol de la agonizante chimenea.

Las mujeres que viven muy acompañadas, mueren solas.





Observaba el *Siglo XIX*, ha pocos días, que los criminales y los viciosos, según la ciencia, son simplemente enfermos. Ya no se enferma uno porque se emborracha, sino que se emborracha por enfermedad. ¿Mata alguien á alguno? Pues ese asesinato es sólo un síntoma de que está alguno malo. . . . no el difunto, sino el pobre asesino. No hay que llamar al gendarme, sino al médico. No hay que llevar al presunto reo á la cárcel, sino á la botica.

Decíase antaño, « que de médico, poeta y loco, todos tenemos un poco.» Hoy diremos que son pocos los que tienen algo de poetas, menos aún los que tienen algo de médicos; pero que todos tenemos mucho de locos, ó mejor, que todos somos locos. Esto es consolador, muy consolador, para todos los asilados en los manicomios. Es la fraternidad y la igualdad universales, decretadas en la Convención Nacional de San Hipólito.

Jack, el destripador, es sencillamente un maniático. El Dr. Crington, de Londres, ha demostrado con absoluta claridad, que padece no recuerdo qué dolencia, aunque sí hago memoria de que la tiene y usa nombre griego. Así es que ese caballero debe ponerse en cura, atender á su quebrantada salud, y, en caso de que no tenga recursos pecuniarios para pagar á doctores, farmacéutico, etc., recurrir á una subscripción nacional, ó poner cepos en los templos protestantes con rótulos redactados, sobre poco más ó menos, como sigue: « ¡Una limosna para el pobrecito enfermo que destripa á las mujeres! »

Estamos malos, no hay remedio. No somos malos, no, lo estamos.



La ciencia, á fuerza de progresos, ha llegado á decidir, con pruebas y testimonios innegables, que el verbo *ser* es equivalente al verbo *estar*. Se roba como se estornuda; necesariamente. Cuando le quiten á Ud. el reloj en la calle, y Ud. lo observe, y tenga la dicha, á pocos concedida, de atrapar al ladrón, lo que debe hacer es decirle:—Señor ¿qué tiene Ud? ¿está Ud. malo? ¿padece con frecuencia estos ataques? ¿Quiere Ud. carbonato? ¿un poco de bromuro. . . ?—Y si lo matan á Ud. diga: ¡Jesús! como si hubiera estornudado el asesino.

Es muy agradable haber llegado á esta conclusión de que todos estamos dementes. . . . Es decir, unos estamos y otros somos. Están locos los que están en San Hipólito: somos locos los que no estamos en ese palacio nacional de la demencia. Ya todos, absolutamente todos, somos iguales; ya todos somos hermanos. . . . y por eso mismo siento impulsos de llorar cuando pienso en mis pobres hermanitos los inocentes y desgraciados criminales!

No porque en la cárcel estén peor que en San Hipólito; no y mil veces no; sino porque á ellos, y con plena injusticia, se les condena á que los defiendan y á que oigan los discursos de sus defensores. Además, los señores Agentes del Ministerio Público, que también, y según la ciencia, han de ser locos, tienen la manía de decirles ante el Jurado atrocidades y blasfemias. . . . desgracia que no sufren los que toman el tren directo para San Hipólito. Por eso les aconsejo á mis amigos que, cuando gusten, suban á ese tren, de vía y de manga ancha, pero no al tranvía que va para Belén con correspondencia para el manicomio.

Me inspiran mucha lástima mis hermanos los asesinos y mis hermanitos los ladrones. Por poco no lloro en la repartición de premios que se verificó en la cárcel hace pocos días. Porque eso de tener enferma á toda la familia, es verdaderamente desgarrador. ¡Y yo veía allí á todos esos parientes míos, según la ciencia, que están malos, y tan encerrados, cuando tal vez lo que ellos necesitan, y lo que tal vez y sin tal vez desean, es el aire libre, el movimiento, el ejercicio. . . . de sus respectivas profesiones.

Sobre todo (este sobretodo está aquí para llenar; pero lo cedo á cualquier lector que tenga frío), sobre todo, me preguntaba yo: ¿por qué están unos adentro y estamos otros afuera? Ya se, porque la ciencia, en confianza, lo ha dicho á los sabios, que ésta no es una cárcel; que no hay cárceles; que éstos no son delincuentes, sino enfermos. Pero puesto que todos padecemos de una dolencia ¿por qué

no venimos todos á este santo y benéfico hospital que tiene, sobre todos, la ventaja de que en él no hay médicos? Después reflexioné que esto ha de ser porque no cabríamos en Belén todos los que á Belén tenemos el derecho legítimo de ir; pero, á pesar de todo, la condición de mis pobres hermanitos, que antes eran tan malos y hoy están tan malos, me apiadaba y conmovía!

Si de igualdad se trata, no hay que hacer odiosas preferencias. O todos, ó ninguno. Aquel simpático y distinguido caballero sufrió una enfermedad cuyo primer síntoma fué el parricidio; yo padezco la monomanía de escribir artículos. Las enfermedades son distintas; pero ambos estamos enfermos. ¿Por qué á aquél lo curan en la cárcel, á expensas del Gobierno, y á mí me dejan en la calle?

Creo que puedo quejarme y entablar querrela ante la respectiva autoridad.

Porque si todos estamos enfermos, si todos somos locos, si el mundo entero es un gran hospital—mal atendido (como acontece siempre con los hospitales), por un médico anónimo—¿por qué hay enfermos privilegiados que se curan por cuenta del Estado en el manicomio ó en la cárcel, y locos que estamos fuera del presupuesto y que vivimos y nos curamos sin auxilio alguno?

Reflexionando, sin embargo—porque aún no estoy embargado,—sobre el punto, me ocurrió una duda. Esta enfermedad universal que vino á substituir á la fraternidad universal, ¿será un hecho positivo? Si todos estamos locos, como afirman los psicólogos modernos, ¿por qué he de creer á unos locos y no á otros? ¿No tendrán los sabios la monomanía de decir que todos los demás estamos tontos? ¿No tendrán los psicólogos la locura de creer que todos los demás estamos locos?

Esta duda me tranquiliza, porque eso de ser loco sin colocación y sin sueldo, no es muy agradable. Y tener que matar al padre ó á la esposa, para que el Gobierno se convenza de que está uno loco de verdad y le conceda el sueldo respectivo, es más desagradable todavía.

Si la ciencia, como es de presumirse, está en lo cierto, que se cierran, es decir, que se abran las cárceles; que se clausuren los manicomios, porque no pueden dar cabida á tanta gente, y que todos, en Dios, creamos en el Dr. Govantes, nuestro padre y nuestro médico.

¡Lástima grande que todos los asesinos ó criminales del antiguo régimen no hayan aprovechado los beneficios de la ciencia! El Código Penal debió de ser firmado por Herodes. Todos fueron y todos somos inocentes.